



Dime, ¿y acaso tú sabes qué es lo que es la experiencia?

Barnet, Miguel (2012): *Biografía de un cimarrón*. La Habana, Editorial de Letras Cubanas, pp. 243 (Primera edición 1966, Editorial de la Academia de Ciencias de Cuba).

Juan Recchia Paez*

*“–Dime, ¿y acaso, tú sabes qué es lo que es la experiencia?
–La experiencia es un puño de conocimiento”.*

Frase intercambiada entre dos mecánicos en una vereda de Manzanillo, un pueblo en la provincia de Granma, Cuba.

I. Una charla insustancial

Me acababa de bajar del camión que nos trajo desde Santiago de Cuba y, caminando por las calles de Manzanillo, un pueblo ubicado en la costa oeste de la provincia de Granma, me adentré en una biblioteca. Enseguida una mujer me preguntó si buscaba algo particular, le conté que soy estudiante de literatura y profesor en escuelas secundarias, por lo que estaba recorriendo librerías de un modo un tanto casual, más bien para ver qué se publicaba y qué se leía en Cuba. Me habló de la circulación de textos en la isla y de que a veces venían a las librerías de los pequeños pueblos del interior profesores de La Habana buscando títulos agotados. “Uno que se lee mucho es este: *Biografía de un cimarrón*, de Miguel Barnet; es muy querido entre los cubanos”, me dijo. En ese momento no entendí bien a quién se refería con “muy querido” y, como desconocía totalmente el libro, lo tomé y comencé a hojearlo. Era cerca del mediodía, y la mujer se disculpó porque tenía que cerrar el local para poder ir al banco a hacer trámites. Decidí llevar el libro para continuar la lectura por la tarde. “Es una lástima que no hayas llegado antes”, se lamentó, y amablemente nos saludamos. Me quedé en la puerta pensando en lo poco que había alcanzado a leer, apenas la primera línea del relato de Esteban Montejo: “Hay cosas que yo no me explico de la vida”.

* Juan Recchia Páez es estudiante avanzado del Profesorado en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Con la idea de vincular su formación académica con sus viajes por el continente, es adscripto a la cátedra de Literatura Latinoamericana I. Se desempeña como docente en escuelas secundarias de Berisso y La Plata. Forma parte del colectivo cultural “En Eso Estamos”.

recchiajuan@gmail.com

Esa breve y extraña enunciación, sobre “lo que no se puede explicar”, comenzó rápidamente a formularme dudas sobre la lectura del texto. ¿Quién era Esteban Montejo? y ¿Qué relación tenía con Miguel Barnet, cuyo nombre aparecía en la tapa? ¿Se trataba de un texto biográfico o estaba a punto de leer una novela? ¿Hasta dónde ese relato era ficcional? Las primeras líneas me problematizaron enormemente sobre cómo leer el texto y me generaron una desorientación respecto a desde qué parámetros, posición y marco de referencia interpretar ese relato. Ahora, aquí escribiendo, reformulo: ¿cómo contarlos? Tomo la decisión, entonces, de presentar las lecturas de la forma más fiel a como se desarrollaron. La presente reseña abordará dos lecturas de la obra: la de una conversación y la de un estudio. La relación entre ambas es estrecha y múltiple; lo indiscernible y lo categorizable juegan entre ambas. Podrá parecer confuso al comienzo, y, quizás, no termine por aclararse todo. Por mi parte, no termino de entender si estas lecturas son inseparables en la práctica.

Transité una primera lectura “en viaje”; durante quince días fue casi como viajar con Esteban y escuchar su voz que hablaba y recreaba a cada momento. La posibilidad del texto de dialogar, de poner en juego la conversación (entre vivos, entre muertos) se convirtió en un camino de intercambios, en un mecanismo inagotable de producción de saberes.

Una selección de anécdotas y cuentos de Esteban me descolocaron, me sumergieron en una perspectiva por momentos tan ajena a mis esquemas cognoscitivos que me sacaron fuera de mí. Mis convicciones políticas, históricas y literarias, con las que empecé el libro, a las pocas páginas entraron en conflicto. Ya en la página 14 una escena me desorientó; en ella, Esteban expone una mirada particular sobre la relación histórica entre africanos y portugueses. A comienzos del texto, Esteban formula la siguiente teoría (quizás ignorante, quizás irónica, en su momento no pude distinguirlas) sobre el por qué los africanos fueron derrotados y esclavizados:

No sé cómo permitieron la esclavitud. La verdad es que yo me pongo a pensar y no doy pie con bola. Para mí que todo empezó cuando los pañuelos punzó. El día que cruzaron la muralla. La muralla era vieja en África, en toda la orilla. Era una muralla hecha de yaguas y bichos brujos que picaban como el diablo. Espantaron por muchos años a los blancos que intentaban meterse en África. Pero el punzó los hundió a todos. Y los reyes y todos los demás, se entregaron facilito. Cuando los reyes veían que los blancos, yo creo que los portugueses fueron los primeros, sacaban los pañuelos punzó como saludando, les decían a los negros: “Anda, ve a buscar pañuelo punzó, anda”. Y los negros embullados con el punzó, corrían como ovejitas para los barcos y ahí mismo los cogían. Al negro siempre le ha gustado mucho el punzó. Por la culpa de ese color les pusieron las cadenas y los mandaron para Cuba (Barnet, 2012: 14).

Ahí nomás, a unas páginas de distancia, ocurrió “otra cosa”, a propósito de la descripción de las prácticas religiosas de congos, lucumises y católicos. Según Esteban, sus descripciones pretendían

presentar las particularidades de cada práctica y, aparentemente, no discutir ideales religiosos. La descripción de los “congos” fue de las más detalladas y me mostró oposiciones y choques entre dos sistemas de conocimiento: la religión y la brujería.

Cuando tenían algún problema con alguna persona, ellos seguían a esa persona por un trillo cualquiera y recogían el polvo que ella pisaba. Lo guardaban y lo ponían en la *nganga* o en un rinconcito. Según el sol iba bajando, la vida de la persona se iba yendo. Y a la puesta del sol la persona estaba muertecita. Yo digo esto porque da por resultado que yo lo *vide* mucho en la esclavitud. Si uno se pone a pensar bien, los congos eran asesinos (2012: 27) [1].

Imbuído en este marco narrativo, otro *cross* alcanzó mis esquemas. Apareció una descripción de los cristianos que me invirtió el binomio tradicional “civilización y barbarie” con el que durante tanto tiempo se impuso a América Latina el modelo de “progreso” europeo (como tantas otras cosas). Esteban colocaba en el lugar de “caníbales sexuales” a los curas cristianos:

Rezaban largo. Yo aprendí poco. Casi ni ponía asunto. Y es que los curas nunca me han entrado por los ojos. Algunos eran hasta criminales. Gozaban de las blancas bonitas y se las *comían* (**Poseían sexualmente*). Eran carnívoros y *santuarios* (**Condición de santo*). Ellos tenían un hijo y lo hacían ahijado o sobrino. Se los escondían debajo de la sotana. Nunca decían: “Este es mi hijo”. [...] Había una iglesia cerca, pero yo nunca fui porque sabía bien que los verdaderos sembradores de la inquisición en Cuba eran los curas, y eso lo digo porque los curas apoyaban ciertas y determinadas cosas... Con las mujeres ellos eran diablos. Convertían la sacristía en un prostíbulo (2012: 62).

Luego, y sin respiro, otro sistema de conocimiento se presentó sintomáticamente asfixiado por los relatos: el de “medicina occidental” frente a la “medicina popular”. Esteban me expuso en qué medida y por qué las prácticas médicas que hacían las “enfermeras medio brujeras” superaban a la medicina moderna frente a las enfermedades “que los médicos no entendían”. “En los médicos españoles no confiaba nadie. La brujería era la que seguía curando a la gente”. (2012: 69) Resaltó el valor de la naturaleza como curativa. Fue durante su vida en el monte cuando Esteban aprendió acerca de cómo utilizar la naturaleza para curar enfermedades. Las curanderas curaban el empacho y las enfermedades a los niños, mientras que: “los médicos ahora le han cambiado el nombre a esos males. Les dicen infección o erupción. Y resulta que tardan más en curarlos que antes. Y eso que no existían las inyecciones ni las placas” (2012: 33). O también:

Yo quisiera saber por qué los médicos no van al campo a experimentar con las plantas. Para mí que como ellos son tan comerciantes no quieren salir diciendo que tal o cual hoja cura. Entonces lo engañan a uno con medicinas de pomo, que total cuestan muy caras y no curan a nadie (2012: 77).

Y cuando me sentí ya derrotado, cuando, sin remedio, me pasé al bando de Esteban caí en la cuenta de que el mismo relato me estaba mostrando, en reiteradas ocasiones, el riesgo de dejarse vencer por idealismos románticos con la figura de Esteban Montejo. Así como fue posible deconstruir ciertos pares conceptuales, había también cierto riesgo de reproducir concepciones ideológicas. Sería ingenuo no leer en su relato aquellos juicios contradictorios y hasta reproductivos de la hegemonía dominante, como lo son un determinismo social sobre la criminalidad (2012: 81-85), la reproducción de creencias basadas en historias de la religión católica para dar explicación a las plagas (2012: 53), la admiración por las máquinas del progreso (2012: 79) o el tratamiento despectivo hacia la mujer y su posicionamiento como objeto sexual [2].

El texto *Biografía de un cimarrón* recorrió conmigo las ciudades cubanas y se me escapaba por cualquier callejón para contarme algo que no se veía en Cuba, ni en su régimen político, ni en sus versiones históricas, ni en su alta literatura. La voz de Esteban era escurridiza y, por momentos, susurrante, pero no huía ante nada. *Biografía de un cimarrón* entablaba un diálogo fluido con todos estos saberes (los consagrados, los oficiales, los legítimos, los extranjeros). Y lo hacía con una simple y extraña complejidad: el relato de una vida.

II. El estudio etnográfico

Retomar la Introducción, escrita por Miguel Barnet, da la pauta para una segunda lectura. El libro en sí es el producto de una serie de entrevistas “orientadas hacia temas insustanciales, anecdóticos”, realizadas, en 1963, por Miguel Barnet a Esteban Montejo, un anciano de unos 104 años. La estructura del texto se divide según los temas que aborda: “La esclavitud” (Primeros recuerdos, La vida en los barrancones, La vida en el monte); “La abolición de la esclavitud” (La vida en los ingenios); “La guerra de la Independencia” (La vida durante la guerra). La publicación también cuenta con una introducción, un glosario, un apartado (“Los caminos del cimarrón”) que describe la investigación, un compendio (“El cimarrón y la crítica”) y, finalmente, textos críticos encabezados por “La novela-testimonio”.

Si bien existe un trabajo de reorganización del material para la publicación escrita, internamente los temas no responden a una lógica previa, sino que la dinámica de la conversación hace aparecer y combinarse los diferentes tópicos. “No fue difícil lograr un *diálogo vivo*, utilizando, desde luego, los recursos habituales de la investigación etnológica” (2012: 5). El recorte, la selección y la focalización posterior busca respetar los modos del habla y las formas de expresión y desarrollo de los temas, por lo que se tomó la decisión de presentarlos relatados en primera persona. El objeto (texto) que se elaboró es bien particular, en la medida en que no busca la comprensión lógica, el análisis sistemático de los

temas tratados, sino que revaloriza las digresiones y los comentarios personales de Esteban. “Aunque elaboramos las preguntas básicas con la consulta de algunos libros y cuestionarios etnológicos, fue en la práctica como surgieron las más directamente vinculadas a la vida del informante” (2012: 6). De esta manera, se significa el detalle minúsculo y cotidiano. Se abre el campo a otro nuevo conjunto de *saberes*. Miguel Barnet asume que a medida que avanzaban las charlas, la voz de Esteban fue dando claves al “experto” sobre a qué prestar atención y, mirando su libreta, daba indicaciones sobre la importancia de tal o cual tema. Los roles de investigador e informante se alteraron hasta invertirse.

Formulada en la Introducción, la pretensión de este trabajo etnográfico no es para nada de veracidad histórica; más bien va a contrapelo del discurso histórico y sus modos de entender los hechos pasados. Barnet dice: “La historia aparece porque es la vida de un hombre que pasa por ella” (2012: 7). Es desde una vivencia particular desde donde se vive la historia: desde la experiencia del propio Esteban. Por esto mismo es que carece de sentido buscar en el texto fidelidad y veracidad en relación con los temas tratados. “Indudablemente muchos de sus argumentos no son rigurosamente fieles a los hechos” (2012: 6). [3] En contra de lo que se podría tildar de falso, ambiguo, incierto, ficticio o maravilloso, el relato de Esteban Montejo encuentra su propia legitimidad en el testimonio: ser testigo de los acontecimientos. En todo el relato, tiene un valor central la acción de “ver”, o “vide”, como le dice Esteban. La credibilidad de los hechos está dada por el testimonio directo que, por cierto, no se limita a una voz monológica, sino que presenta con gran lucidez distintos puntos de vista y versiones sobre los hechos. “Es la gente la que hace los cuentos” (2012: 86). Son constantes las referencias a los rumores sociales, a los chismes y a las diferentes versiones orales de hechos pasados [4].

El contar amerita porque el recuerdo en Esteban es una cosa viva y presente. “A mí nada de eso se me borra. Lo tengo todo vivido” (2012: 49). Se jacta del valor que tienen las cosas en su memoria porque durante su vida fueron piedras pesadas de la experiencia. Esteban cuenta lo que vivió y sintió, y es por eso mismo que siente que debe contarlo: son vivencias marcadas a fuego, son imborrables del recuerdo. “A mí nunca se me ha olvidado la primera vez que intenté huirme” (2012: 35). En su propia teoría de la memoria, Esteban dice: “Lo mejor que hay para la memoria es el tiempo. El tiempo conserva los recuerdos. Cuando uno quiere acordarse de las cosas del tiempo nuevo, no puede. Sin embargo, mientras más atrás uno mire, más claro lo ve todo” (2012: 71).

La comparación con el presente es constante en el relato. El pasado es rememorado (y construido) desde la propia enunciación presente. Ya sea sobre un término particular o para explicar el funcionamiento de los “barrancones”, Esteban narra sus recuerdos con una voz que se articula desde el

presente de las entrevistas. Hay en Esteban una fascinación (contagiosa) por la comunicación; para él no solo es determinante contar los hechos con fidelidad a su recuerdo, sino también lograr que esos recuerdos se vuelvan transmisibles para quienes lo escuchan. Esteban detiene por momentos la descripción para reflexionar sobre la importancia del contar como acción comunicativa [5]. Ejerce el “arte de la conversación”: la práctica de la narración es una forma de intercambio cotidiano de saberes en la vida. “Y en aquellos años la gente se pasaba la vida haciendo cuentos” (2012: 99). “Al otro día se me daba por contar” (2012: 111). Hay momentos, también, en los cuales se describen prácticas sociales de intercambio oral donde la comunidad pone en juego sus saberes y donde cada uno tiene un lugar determinado en ese intercambio. “El entretenimiento de los viejos era hacer cuentos. Chistes y cuentos (...). Así aniquilaban los viejos a los burlones. Es que los viejos eran candela. Sabían hasta dónde el jején puso el huevo” (2012: 112).

Finalmente, la transmisión de la experiencia por medio de la narración oral se convierte en una forma de aprendizaje. Como ejemplo, con el tópico de la brujería, Esteban cuenta cómo fue aprendiendo de las “recetas” de los otros africanos las particularidades de su religión y sus prácticas:

Hay quienes dicen que ellos eran del monte y se comportaban como los animales. No falta un blanquito por ahí que lo diga. Yo pienso distinto porque los conocí. De brutos no tenían ni un pelo. A mí me enseñaron muchas cosas sin saber leer ni escribir. Las costumbres, que son más importantes que los conocimientos (2012: 115).

Este relato, que se transmite de boca en boca, llegó hasta mí por medio de la narración, me puso frente al testimonio y me contó sus diferentes versiones. Lo que suponía se puso en jaque, lo que sentía firme se tambaleó, lo que me contó terminó por fascinarme y, con todo eso, “el puño de la experiencia” que me *knockeó* se transformó en una de las formas de aprendizaje más enriquecedoras que pude haber transitado.

Notas

[1] Por momentos creí estar leyendo un texto de lo real maravilloso. Había en su relato escenas de metamorfosis, como la de Makandal en el *Reino de este mundo*, de Alejo Carpentier. De los congos viene lo más emocionante que Esteban ha visto en su vida, “los congos viejos se volvían animales, fieras. Eso sí era del carajo para arriba.”

[2] Sin embargo, tampoco puedo hablar de Esteban solo con los parámetros de la determinación. La escena primera de los “pañuelos punzó” se completó hacia el final del texto con otra escena que marcaba un paralelismo entre africanos y criollos; entre portugueses y españoles. Avanzado el relato, la figura del “pañuelo” se fue transformando en un “machete” que reivindicaba el valor de los mismos africanos y criollos durante todo el proceso de la guerra de la Independencia:

Al llegar a Mal Tiempo, Maceo ordenó que la pelea fuera de frente. Así se hizo. Los españoles desde que nos vieron se enfriaron de pies a cabezas. Pensaban que nosotros veníamos armados con tercerolas y máuseres. Pero ¡ñinga!, lo que nosotros hacíamos era que cogíamos palos de guayabo del monte y nos lo poníamos debajo del brazo para asustar. (...) Al instante nosotros estábamos cortando cabezas. Pero cortando de verdad. Los españoles eran unos cagados para los machetes. A los rifles no les tenían miedo, pero a los machetes sí. Yo levantaba el machete de lejos y decía: “Ahora, cabrón, te la arranco” (2012: 124).

[3] Por ejemplo, cuando trata con personajes históricos, como Máximo Gómez, el relato de Esteban lo analiza desde un punto de vista muy personal, que se aleja del discurso tradicional heroico que una Nación hace de sus figuras patrias, y más bien describe los modos del General y sus tratos con las cosas cercanas, con los hombres de la tropa. Esteban se refiere también a las tensiones y pleitos que se generaban entre los miembros de la tropa: “En la tropa había de todo. Hombres buenos y hombres canallas” (2012: 136). “Con esos hombres se hizo la guerra. Para mal o para bien, pero se hizo” (2012: 131).

[4] Por ejemplo, sobre la vida y muerte del bandolero Manuel García se presentan varias versiones: “A mí me han dicho los viejos”; “Otra gente le da otra forma al asunto”; “Yo he oído la historia distinta”; sobre el fin del capitán Cayito Álvarez se describen diferentes anécdotas: “Hay quien dice”; “Otros dicen”; “dicen que”; “Todavía hay gente que habla de Cayito” (2012: 139).

[5] Este afán por la comunicación no es para nada ingenuo, sino que en él Esteban descarga toda su ideología y posición política sobre los temas tratados. Esteban construye una imagen de sí mismo como la de un arduo luchador contra la opresión y un cultor de la libertad: “Yo era cimarrón de nacimiento”. “El cimarrón vivía mejor que el guajiro; tenía libertad” (2012: 43). Se define a sí mismo como cimarrón salvaje y como negro liberto ignorante. Esteban es consciente de cómo el resto de las personas veían su condición de cimarrón: como la de un “animal”. Son, a veces, los propios esclavos y pares negros los que reproducen la alienación y definen a Esteban como un *otro*.